

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Max Weber, Edmund Husserl y la crisis de las ciencias.

Patricia Lambruschini.

Cita:

Patricia Lambruschini (2015). *Max Weber, Edmund Husserl y la crisis de las ciencias. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/412>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Max Weber y la crisis de las ciencias y de la sociología

Autora: Patricia Lambruschini (FSOC - UBA)

E-mail: plambrus84@gmail.com

Resumen

El artículo aborda el vínculo entre ciencia y valores en el planteo de Max Weber, para confrontarlo posteriormente con las concepciones acerca de la crisis de las ciencias y de la sociología, según Edmund Husserl y Zygmunt Bauman respectivamente.

Palabras clave: Weber - ciencia - valores - crisis de las ciencias - sociología

Introducción

El presente trabajo se propone abordar el vínculo entre ciencia y valores -o entre racionalidad teórica y racionalidad práctica-, según Max Weber y su relación con la crisis de las ciencias y de la sociología en el sentido que le dan Edmund Husserl y Zygmunt Bauman respectivamente.

La temática elegida se vincula estrechamente con nuestro campo de investigación, que versa sobre la teoría weberiana de la modernidad y las profundas antinomias que la atraviesan. Creemos que la postura epistemológica de Weber sobre la relación entre ciencia y valores es una de las principales razones que explican las resonancias trágicas y escépticas de la perspectiva del autor.

Así pues, en el trabajo se analizará dicha relación en el planteo weberiano, para luego contrastarla y criticarla a la luz de Husserl y Bauman.

La relación entre ciencia y valores según Weber

Como se sabe, Weber es considerado el fundador de la sociología comprensiva; el objeto de estudio de esta disciplina es la acción social, a la que procura no sólo explicar sino también comprender. A diferencia de los planteos “objetivistas” que enfatizan las determinaciones estructurales, Weber se enfoca en el conjunto de acciones e interacciones que configuran diariamente el entramado social.

Para interpretar el sentido subjetivo de las acciones y explicarlas en sus causas y efectos, la sociología se vale de la metodología de los tipos ideales, herramientas conceptuales construidas sobre criterios de máxima racionalidad que el investigador utiliza para analizar la realidad social. El método que Weber propone para reconstruir los motivos de la acción ha sido cuestionado por diversos autores (como Jürgen Habermas o Alfred Schütz) que sostienen

que continúa siendo subsidiario de una “filosofía de la consciencia” y que supone y exige una suerte de empatía del investigador con el actor.

Es sabido también que Weber fue un crítico del positivismo y del intento de trasladar el método de las ciencias naturales hacia las ciencias sociales y humanas. En efecto, al enfocarse en la acción social y proponer un abordaje hermenéutico e histórico para la sociología y, en general, para las ciencias sociales, el autor destaca la especificidad de estas últimas rechazando los planteos naturalistas.

Sin embargo, a pesar de esta ruptura, Weber comparte con el positivismo la diferenciación tajante que este establece entre teoría y práctica, y defiende la idea de que la ciencia sólo puede realizar “juicios de hecho” y debe mantenerse “neutral”, cuidándose celosamente de formular “juicios de valor”.

Esta perspectiva se expresa en varios de sus ensayos metodológicos¹ y en su conferencia sobre *La ciencia como vocación*, en donde Weber desarrolla cómo entiende el vínculo entre ciencia y valores, analizando ambos lados de esta relación.

En cuanto al rol de los valores en la ciencia, el autor considera que toda disciplina científica se apoya en determinados presupuestos valorativos que no se ponen en cuestión: por un lado, en la validez de la lógica y la metodología como formas de orientarse en el mundo (y que son la garantía en última instancia de la objetividad del conocimiento científico) y, por otro lado, en la idea de que el resultado de la ciencia es importante y digno de ser conocido. Los valores también juegan un rol fundamental en el momento de la selección del objeto de una investigación. El científico selecciona su objeto de estudio marcado por los valores culturales de su época, que tornan significativas y relevantes determinadas problemáticas, y también en función de ideales e intereses subjetivos, que lo llevan a elegir algunos temas y no otros.

Sin embargo, ni estos presupuestos ni los valores que condicionan el recorte del objeto son para Weber racionalmente justificables, pues la ciencia no puede pronunciarse sobre la validez de los valores.

El sociólogo alemán establece una clara distinción entre el conocimiento de “lo que es” y de “lo que debe ser” y plantea que la ciencia (y la racionalidad) sólo puede dar cuenta de lo primero y debe abstenerse de realizar juicios sobre lo segundo. Sostiene enfáticamente que “jamás puede ser tarea de una ciencia empírica proporcionar normas e ideales obligatorios de

¹ Especialmente en sus famosos escritos “La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social” y “El sentido de la ‘neutralidad valorativa’ de las ciencias sociológica y económicas”.

los cuales puedan derivarse preceptos para la práctica” (Weber; 2006a: 41) y esto vale en particular para las ciencias sociales.

Este es precisamente el sentido de la “neutralidad valorativa” que Weber defiende para estas disciplinas, aspecto en el que se acerca a lo planteos positivistas que sostienen que la intervención de valores o ideales constituye un obstáculo definitivo para la objetividad del conocimiento científico, y suponen que el investigador puede desprenderse de ellos o ponerlos entre paréntesis a la hora de hacer ciencia.

Ahora bien, aunque para Weber no es posible derivar valores de la ciencia, sí se puede hacer una crítica científica de los ideales y de los juicios de valor. En efecto, las ciencias sociales pueden determinar cuáles son los medios más apropiados para determinados fines, pueden ponderar las consecuencias queridas y las no buscadas que resultan de la aplicación de determinados medios, y pueden echar luz sobre el significado de los fines a los que se aspira. Para el sociólogo alemán, esta crítica constituye un enjuiciamiento *lógico-formal* del material que se presenta en los juicios de valor históricamente dados y un examen de los ideales en función del postulado de ausencia de contradicción interna. La crítica que realizan las ciencias sociales tiene entonces un carácter *técnico*, pero extraer una decisión sobre la base de esta ponderación no les compete a ellas sino al individuo que quiere y elige.

Weber no sólo no cuestiona este papel meramente técnico de la ciencia, sino que más bien lo justifica en el devenir del proceso histórico-universal de racionalización, que condujo en Occidente al “desencantamiento del mundo” y a la fragmentación de la razón.

Según el autor, el avance de la racionalidad instrumental característica del capitalismo moderno llevó a una pérdida del sentido unificado del mundo -que había caracterizado al monoteísmo de la ética cristiana y posteriormente a la sacralización de la razón en el Iluminismo-, y provocó la emergencia de distintas esferas de valor, cada una de las cuales comenzó a mostrar y a regirse por su propia lógica. Se produjo una pérdida de las grandes cosmovisiones que habían dotado de un sentido ético a la realidad mundana, y una retirada de los principios universales al plano de la vida privada y de las elecciones individuales. Las distintas esferas de valor compiten entre sí en una contienda eterna e irresoluble, frente a las cuales el individuo debe “decidir” (en el sentido de la *Entscheidung* de Nietzsche) para darle sentido a su vida y sus acciones.

En el marco de este politeísmo valorativo, la ciencia es *sólo uno más* de esos dioses que disputan y buscan imponerse sobre otros. En consecuencia, los juicios que ella formula nunca pueden aparecer como juicios absolutos y tampoco puede derivarse de ella un criterio universal (esto es, racional) que permita decidir sobre la validez de los valores.

“El destino de una época de la cultura que ha comido del árbol de la ciencia - sostiene Weber- consiste en tener que saber que podemos hallar el *sentido* del acaecer del mundo, no a partir del resultado de una investigación, por acabada que sea, sino siendo capaces de crearlo; que las ‘cosmovisiones’ jamás pueden ser producto de un avance en el saber empírico y que, por lo tanto, los ideales supremos que nos mueven con máxima fuerza se abren camino, en todas las épocas, sólo en la lucha con otros ideales, los cuales son tan sagrados para otras personas como para nosotros los nuestros” (Weber: 2006a: 46).

De esta manera, Weber revela su veta anti-ilustrada y de raigambre nietzscheana, al caracterizar a los valores como esencialmente irracionales y subjetivos, y entre los cuales los individuos deben elegir sin otro criterio que el de su propia voluntad.

Sin embargo, en este mundo desencantado donde el capitalismo es “el poder que determina el destino de nuestra vida moderna” (Weber; 1987a: 13), parece avizorarse un nuevo monoteísmo, pues la racionalidad instrumental penetra progresivamente en cada una de las esferas de la vida y tiende a dominar su dinámica interna. En la esfera científica, las diferentes disciplinas se especializan cada vez más produciendo un progreso del conocimiento en distintos ámbitos, pero ya no pueden decirnos nada sobre las cuestiones verdaderamente importantes para los seres humanos. En efecto, parafraseando a Tolstoi, Weber afirma que en la modernidad “la ciencia [ya] no tiene sentido pues no tiene respuestas para los únicos problemas que nos conciernen, los de qué debemos hacer y cómo debemos vivir” (Weber: 2003: 465).

Pero lejos de criticar esta situación, el sociólogo la plantea como una tendencia ineluctable frente a la que no queda más remedio que amoldarse. Y es precisamente lo que él hace cuando reclama que las ciencias sociales deben abstenerse “*por principio*” (Weber: 2006a: 41) de realizar juicios y de promover orientaciones para la práctica, y cuando sugiere que actuar conforme a ello constituye un *deber* profesional ineludible para el científico y el docente. En *La ciencia como vocación* el autor afirma esta perspectiva de manera contundente:

“A quienes no puedan soportar virilmente el destino de nuestra época, hay que decirles que más vale marchen en silencio, simple y sencillamente (...) a refugiarse en las viejas iglesias, que habrán de recibirlos fácil y piadosamente. Naturalmente que en ellas habrán de ‘sacrificar el intelecto’ (...) En mi opinión,

esa entrega es más respetable que los profesores académicos que no terminan de entender que en el aula no hay otra virtud que la probidad intelectual” (Weber: 2003: 476).

En síntesis, puede decirse que las tendencias que Weber advierte en el capitalismo moderno producto del avance de la racionalización y del politeísmo valorativo al que ella habría conducido, devienen en el autor en una toma de posición epistemológica (pero también política), a favor de una racionalidad teórica que reduce a la ciencia a un papel meramente técnico, y de una completa irracionalidad desde el punto de vista práctico, en donde los problemas éticos y políticos recaen exclusivamente en la decisión individual subjetiva.

La crisis de las ciencias y de la sociología

A la luz de este análisis, es posible sostener que la postura weberiana sobre la relación entre ciencia y valores es una expresión contundente de la “crisis de las ciencias” a la que se refería Edmund Husserl a mediados de los años 30.

Husserl asiste azorado a cómo frente al escenario crudo y desdichado del fascismo, las ciencias europeas *no tienen nada para decir*.

El punto de partida del filósofo es que, desde fines del siglo XIX y especialmente luego de la primera guerra mundial, se produjo una pérdida en la valoración general de la ciencia y una creciente hostilidad hacia ella por parte de las jóvenes generaciones. Y es que, como resultado de la creciente influencia del positivismo, las ciencias habían devenido meras ciencias de hechos, dejando de lado “las preguntas que son decisivas para una auténtica humanidad (...); las preguntas por el sentido o el sinsentido de toda esta existencia humana” (Husserl; 2008: 49-50). Sin embargo, y en contraste con la postura weberiana que se adapta a esta situación, Husserl considera que ella expresa la completa bancarrota de las ciencias y que exige una crítica seria y radical.

El concepto positivista de ciencia es para el filósofo un *concepto residual* que ha abandonado todas aquellas cuestiones “supremas y últimas” que lo vinculaban con la metafísica, produciendo un empobrecimiento de la misma. Justamente debido a este estrechamiento del horizonte de la ciencia -que excluye por principio toda toma de posición valorativa-, fue posible que mientras el mundo era testigo de las peores masacres y atrocidades, las ciencias se hubieran quedado mudas.

La hegemonía positivista en las ciencias y la filosofía implicó la disolución del ideal originario de la modernidad de una filosofía universal capaz de dotar de un sentido racional al

mundo y a la existencia humana misma. El abandono de este ideal vigente en el Renacimiento y en la Ilustración, significa una pérdida de confianza en la razón y “si el ser humano pierde esa creencia, quiere decir que pierde la creencia en ‘sí mismo’” (Ib.: 56). Por este motivo, la crisis de las ciencias representa para Husserl también una crisis de la humanidad.

Según el filósofo, la contraparte de esta crisis de las ciencias es una caída en el escepticismo y una tendencia creciente al irracionalismo², e implica por tanto una crisis de carácter político. Este punto de vista parece bastante adecuado para interpretar a Weber que, al tiempo que comparte la reducción positivista de la ciencia al conocimiento de “lo que es”, considera que ya no es posible volver a principios universales (es decir, racionales) que puedan orientar las prácticas humanas, y tiene una mirada escéptica y fatalista sobre las tendencias del capitalismo y de la cultura modernas.

Husserl se propone superar la crisis de las ciencias y, para ello, primero indaga en los motivos profundos que condujeron a esa situación. Realiza una reconstrucción histórica que se remonta hasta los antiguos griegos y se extiende hasta la modernidad y encuentra la clave del problema en que las ciencias han perdido su vínculo originario con el “mundo de la vida” como ámbito de las prácticas humanas cotidianas.

Mientras que en la Antigüedad la relación entre teoría y práctica era sumamente estrecha, eso se fue perdiendo progresivamente hasta llegar a la separación tajante que establece el positivismo. Husserl considera que el punto de inflexión se produjo con la ciencia de Galileo que, al hacer abstracción de los sujetos como personas, de toda la dimensión espiritual, y plantear una ciencia de “meros cuerpos”, dio origen al “objetivismo” y preparó el terreno del dualismo, porque “una ciencia de meros cuerpos desespiritualizados (...) vuelve necesaria una ciencia del espíritu puro” (Belvedere; 2012: 108).

Según Carlos Belvedere, la fenomenología critica esa dualidad mostrando cómo el objetivismo, al producir un vaciamiento del sentido de la ciencia, conduce a su crisis. Para superar dicha crisis -que, como se dijo antes, es una crisis de la humanidad y una crisis política- Husserl plantea la necesidad de refundar las ciencias y la filosofía, recuperando la confianza en la razón y el ideal renacentista de una ciencia integral, que mantenga un vínculo estrecho y reflexivo con el mundo de la vida, como su fundamento en última instancia. En esto consiste el sentido profundo de la fenomenología trascendental.

² Ver Merleau Ponty, M., *La fenomenología y las ciencias humanas*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2011, pág. 18.

Por su parte, en *Modernidad y Holocausto*, Zygmunt Bauman se refiere no ya a la crisis de las ciencias en general, sino a la crisis de la sociología en particular en tanto ciencia de la civilización moderna.

Tras la experiencia desgarradora y traumática del Holocausto, la sociología ha minimizado, juzgado erróneamente o directamente negado su importancia histórica y social, presentándolo como un episodio único y atípico -esto es, *patológico*- que le ocurrió a los judíos, o como un caso extremo dentro de una amplia gama de fenómenos *habituales* de opresión y persecución cultural, étnica o religiosa. Esta actitud de la disciplina frente al testimonio aberrante del asesinato masivo y fríamente planificado de millones de seres humanos, sin que ello motivase ninguna revisión significativa sobre su mirada de la modernidad, evidencia la completa bancarrota de la sociología.

El autor manifiesta una preocupación similar a la de Husserl pero invierte la pregunta al sostener que “el Holocausto tiene más que decir sobre la situación de la sociología de lo que la sociología, en su estado actual, puede añadir a nuestro conocimiento de lo que fue el Holocausto” (Bauman; 2006: 23). En consecuencia, “la cuestión clave no es ‘¿qué podemos decir nosotros, los sociólogos, sobre el Holocausto?’ sino ‘¿qué tiene que decir el Holocausto sobre nosotros, los sociólogos, y sobre nuestros métodos?’” (Ib.: 26).

De este modo, Bauman traslada la discusión hacia el centro de la disciplina y reclama una crítica profunda que apunte a incluir las lecciones del Holocausto en la línea principal de su teoría del proceso de civilización moderno y sus efectos.

El autor plantea que el Holocausto fue “un encuentro singular entre las antiguas tensiones, que la modernidad pasó por alto, despreció o no supo resolver, y los poderosos instrumentos de la acción racional y efectiva creados por los desarrollos de la modernidad. Aunque este encuentro fuera singular (...), los factores que convergieron eran, y siguen siendo, omnipresentes y ‘normales’” (Ib.:19).

Pero si la sociología no pudo anticipar ni explicar adecuadamente este fenómeno, se debe fundamentalmente a que ella misma se había mimetizado con la lógica de la sociedad moderna que teoriza e investiga. Bauman realiza una fuerte denuncia al señalar que

“la sociología promovió, como su propio criterio de pertenencia, los mismos principios de la acción racional que consideró constitutivos de su objeto de estudio. También validó como reglas obligatorias de su propio discurso, el que las problemáticas éticas eran inadmisibles en otra forma que no fuera la de la

ideología sostenida por la comunidad de sociólogos ya que eran, por definición ajenas a la científicidad y racionalidad del discurso sociológico” (Ib.: 52).

Como se ha visto anteriormente, esta crítica vale también para Weber, cuya concepción de la sociología excluye por principio toda consideración racional sobre cuestiones éticas y toda orientación para la vida práctica.

Bauman reconoce en el legado teórico de Weber y en su concepción del proceso de racionalización, algunos de los elementos cruciales que permiten echar luz sobre el Holocausto como un fenómeno propio de la sociedad moderna, a saber: la tendencia de la racionalidad instrumental a invadir los distintos órdenes de la vida con su lógica del cálculo, degradando progresivamente las motivaciones éticas de la acción social; y la disciplina de la burocracia moderna cuyo honor reside en obedecer eficazmente las órdenes de los superiores, incluso si ellas van en contra de sus convicciones y sin ninguna responsabilidad moral sobre las consecuencias de su ejecución. Sin estas consideraciones primordiales sobre las tendencias de la modernidad, el genocidio perpetrado contra los judíos sería incomprensible.

Sin embargo, Weber no pudo sacar las conclusiones sobre el potencial destructivo de la racionalidad instrumental y del capitalismo moderno en una etapa avanzada de su desarrollo, que él mismo había advertido. Es posible sostener junto a Bauman que, en gran medida, esto se debe a su concepción sobre la relación entre ciencia y valores, que el sociólogo pretendía adecuar a la dirección asumida por la racionalidad moderna. Pero también se debe a la irracionalidad esencial que le atribuye a los valores, la cual impide un cuestionamiento (legítimo) del orden existente y sus tendencias, que asumen en la mirada weberiana el carácter de un destino fatal e irremediable.

Consideraciones finales

Luego del análisis y la confrontación que se ha realizado a lo largo de este trabajo, creemos relevante reflexionar sobre la autocomprensión de las ciencias sociales en la actualidad.

Hemos visto que Weber comparte con el positivismo el estrechamiento del concepto de razón y la reducción de la ciencia un papel meramente técnico, que el autor justifica en las tendencias de la racionalidad moderna y reclama defender en la labor profesional de los científicos y docentes. Ciertamente Weber no llegó a ver la estremeceadora experiencia del Holocausto, ni tampoco la degradación social y ambiental a las que ha conducido el capitalismo durante las últimas décadas, que hoy amenazan con convertirse en un verdadero retroceso civilizatorio para la humanidad.

Pero, en este contexto, quizás convenga recuperar las inquietudes planteadas por Husserl y Bauman cuando se preguntaban sobre la crisis de las ciencias y de la sociología. Cuando sobreviene semejante barbarie, *¿es que acaso las ciencias (y particularmente las ciencias sociales) no tienen nada para decir?* Cuando miles de personas mueren de manera sistemática pero silenciosa producto del hambre, de la miseria, de las crisis, de las guerras y del sinnúmero de vejámenes y violencias cotidianas a las que nos somete actualmente el capitalismo, *¿no exige esto una crítica renovada por parte de la sociología y un cuestionamiento de la realidad vigente?*

Consideramos que los interrogantes planteados por Husserl y Bauman tienen plena vigencia y pueden ser un buen impulso para volver a reflexionar sobre el rol y los desafíos de las ciencias sociales en la actualidad.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2006), *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Buenos Aires.
- Belvedere, C. (2012), *El discurso del dualismo en la Teoría Social Contemporánea. Una crítica fenomenológica*, Eudeba, Buenos Aires.
- Husserl, E. (2008), *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Prometeo libros, Buenos Aires.
- Merleau Ponty, M. (2011), *La fenomenología y las ciencias humanas*, Prometeo libros, Buenos Aires.
- Weber, M. (1987a), "Introducción" en *Ensayos sobre Sociología de la Religión*, Tomo I, Taurus, Madrid.
- Weber, M. (1987b), "Excurso. Teoría de los estadios y direcciones del rechazo religioso del mundo" en *Ensayos sobre Sociología de la Religión*, Tomo I, Taurus, Madrid.
- Weber, M. (2003), "La ciencia como vocación" en *Max Weber. Obras selectas*, Distal, Buenos Aires.
- Weber, M. (2006a), "La 'objetividad' cognoscitiva de la ciencia social y de la política social" en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Weber, M. (2006b), "El sentido de la 'neutralidad valorativa' de las ciencias sociológica y económicas" en *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.